

*Una nueva teoría médica
del amor*

El Amor enfermedad infecciosa

Por Ricardo Royo Villanova,

*Catedrático de Medicina legal en
la Universidad de Valladolid*

El problema del sentimiento amoroso, no ha sido estudiado desde el punto de vista médico de un modo rigurosamente experimental, es decir, de una manera objetiva, hasta hace muy poco, en que un sabio médico francés, el doctor Paul Voivonel, enfocando el asunto desde un punto de vista exclusivamente clínico, ha llegado a conclusiones de gran trascendencia, considerando el amor, no como un proceso mental más o menos patológico, sino como una de tantas vulgares enfermedades orgánicas que afligen a la humanidad.

Si bien el mencionado doctor admite que los fallecimientos a consecuencia del mal de amores son todavía bastante raros, pues en la mayoría de los casos, en un período de tres meses a un año, sobreviene, por lo general, la curación completa, si se aplica oportunamente el correspondiente suero, no obstante, declara que la enfermedad ocasiona numerosas víctimas y compromete seriamente la salud de muchos infelices, no habiendo en toda la terapéutica actual, un solo remedio verdaderamente eficaz.

El doctor de marras, afirma muy seriamente haber descubierto que el -amor, el verdadero amor humano, no es más que

una vulgar anomalía patológica; un caso más de miseria animal, que cataloga en el más grosero capítulo de la patología médica; en el grupo de las enfermedades infectivocontagiosas. Afirma también, que como tal, tiene un tratamiento adecuado, que a veces puede adquirir caracteres de extrema gravedad, que se trata de una enfermedad endémica que puede adquirir exacerbaciones epidémicas, que las más de las veces cura radicalmente si se acude a tiempo y que no está lejano el día en que los progresos de la higiene y de la profilaxis puedan prevenir y aun suprimir del todo este terrible azote, casi apocalíptico, de la humanidad.

En realidad, no es nada nuevo este concepto, pues ya Hamilton decía que "el amor es un mal contagioso que vuelve frenéticos a los que le rodean." Un célebre misógino lo definió diciendo que era una fiebre "pasajera, que comienza con mucho ardor y acaba con un bostezo." Para Stendhal, "el amor es una fiebre que nace y muere sin la menor intervención de la voluntad." Por último, según Melsan, "el amor es una enfermedad que tiene tres períodos, deseo, posesión y saciedad." Como vemos, en todas estas definiciones, late un concepto del amor en el sentido médico de proceso infeccioso e incluso en la última, las fases señaladas por Meil-

han, coinciden con los clásicos períodos de la evolución de las enfermedades infectivocontagiosas.

Según Paul Voivenel, se trata de una enfermedad infecciosa de fecha relativamente reciente. En la antigüedad era casi desconocida o, por lo menos, cuando se manifestaba esporádicamente, se la consideraba, como una fortuna de locura y como tal era tratada, según los métodos, remedios y procedimientos que se empleaban en la antigüedad. En tiempos de los trovadores y hasta la época de Rousseau, el amor verdaderamente romántico, casi no existía, aún cuando existían, no obstante, algunas excepciones, que justificaban el concepto negativo. El amor, por lo general, no tenía nada que ver con el matrimonio. La finalidad de esta unión no era precisamente el amor, sino tener hijos o conseguir ventajas económicas y sociales. Sus tramitaciones y la conclusión del enlace matrimonial, más que cuestión de los presuntos enamorados era negocio de los genitores, como todavía sucede en algunos pueblos orientales. El mutuo conocimiento de los jóvenes contrayentes antes del matrimonio era nulo, o todo lo más muy superficial y sólo en casos de reconocida e invencible repugnancia, plenamente justificada, se renunciaba a la boda.

Cierto que ya en la antigüedad se conocían historias de amor famosas por su contenido patológico — 'París y Helena, Antonio y Cleopatra—, mas tales pasiones eran consideradas como formas demenciales,' con las cuales un dios justiciero **tortu-**

raba a los hombres, merecedores de castigos.

Para el galeno francés que comentamos, el amor no es en definitiva más que una infección contagiosa, que se manifiesta con particular virulencia en determinadas estaciones del año, sobre todo en primavera. Algunas veces, el contagio asume formas gravísimas, y entonces los suicidios por amor son numerosísimos. Incluso se citan años, como el de 1830, en que la epidemia adquirió caracteres de singular y extrema gravedad.

Resulta, pues, que según los más recientes adelantos del arte médico, según experiencias científicas, rigurosamente conocidas en estos últimos tiempos, todo lo que puedan encerrar las paradójicas estrofas de Marini:

Paradiso infernal
Celeste inferno

todos los tormentos de esa dulce, bella, terrible y a veces mortal enfermedad, que llamamos mal de amores, no serán en lo sucesivo, más que una vulgar afección fisiológica causada por fermentas morbosos, y que al igual que tantas otras enfermedades de origen microbiano, como la tifoidea, la viruela, el sarampión, etc., etc., es también eminentemente contagiosa.

Incluso algunos autores afirman que se ha llegado a demostrar con rigurosas experiencias de laboratorio y de un modo indubitable, que aquel inefable filtro que desató la pasión amorosa de Tristán e Isolda, no fue sino un poderoso agente infeccioso, revelado a la intuición en forma de misterioso brebaje. Actualmente, otros sabios se

ocupan en esclarecer la complicada epidemiología de Laura, Francesca, Julieta, Eloísa, Manón, Margarita, Carlota, Hero, Beatriz y demás grandes enamoradas de la leyenda y de la Historia, que, según estas flamantes investigaciones, no pudieron ser otra cosa que terribles focos de irradiación pestilencial, como está demostrado que lo fueron la Maintenon, la Gioconda, Ninon de Lénelos, Marión Delorme y demás grandes doctoras del deseo.

El mal de amores, lo mismo que todas las enfermedades infecciosas, tiene también su período de incubación, en el cual los microbios del amor se desarrollan y se multiplican; por eso son tan raros los llamados "flechazos," porque, en general, el microbio del amor necesita tiempo, un cierto tiempo, para obrar y manifestar su peculiar sintomatología. La duración de este período no se ha podido precisar todavía, pero, afortunadamente, se sabe ya que constituye un valioso signo de pronóstico; en los casos graves, es más largo que en los benignos.

Incluso existen en la literatura descripciones del mal de amores que se aproximan notablemente a esta teoría tóxica del noble sentimiento. Así, en la célebre novela de Alfonso Daudet, *Safo*, se dice lo siguiente de los enamorados: "Al principio, se manifiesta la repulsión, luego el paciente se habitúa a la presencia del objeto, amado, que se le hace necesario; los dos se respetan recíprocamente y disputan sin descanso, pero al fin la cadena se suelda, y el hombre ya no puede vivir sin la mujer

que le encadena la vida." Quien observe un alcohólico o un morfomano — dicen los partidarios de la teoría tóxica del amor — reconocerá en seguida la plena identidad con el proceso del mal de amores.

En resumen, las alternativas de fiebre voraz y ensueño venturoso, de accesos violentos y delirios tranquilos, que jalonan la actividad básica de los procesos amorosos, no serían más que la sintomatología corriente de una de tantas septicemias e intoxicaciones. Las heridas inefables en la esencia del alma, lesiones hediondas de fétida supuración. Las delicias del Edén, un lazareto inmundo. La flecha de Eros, una vulgar ginguilla de inyecciones cargada de un líquido icoroso. Las declaraciones de amor una vulgar declaración sanitaria. El consentimiento, el alta de un médico. El matrimonio, el período de convalecencia. Y el corazón, un resto atávico, un signo del salto atrás, una debilidad orgánica, una tacha congénita, todo lo más un órgano supernumerario, que en todo caso predispondrá a graves enfermedades, ocasionando muchas veces las mayores catástrofes.

Estar enamorado, significara estar enfermo, y ser enamorado, será igual que ser un enfermo de gripe, tifoidea, etc. Los libros de amor se convertirán en monografías médicas y formularios terapéuticos. Estrechar al ser amado, y más aun, besarle los labios, será tan expuesto como besar y estrechar a un presunto tuberculoso. Pronto surgirán los específicos contra el amor, que actualmente se preconizan en las revistas eróticas de gran espec-

táculo, y que hasta ahora fueron patrimonio exclusivo de los music-halls y de los cabarets. El amor ya no será cantado por los poetas, sino que se estudiará en los libros de Medicina, en el hospital a la cabecera del enfermo.

Dice la literatura, que Margarita Gautier, la célebre heroína de la famosa novela de Alejandro Dumas (hijo) *La Dama de las Camelias*, fue una mujer que realmente existió en carne y hueso, que en la vida real **llamóso** Alfonsa Duplessis y que murió víctima del mal de amores, que asolaba la humanidad de aquella época. Pero, según las teorías que llevamos expuestas, se pone ya en tela de juicio, el que Margarita (Alfonsa) muriese de resultas de su amor por Armando. Para muchos médicos y para muchos literatos modernos, saturados de conocimientos, sin contar a los biólogos, el mal de amores de Margarita no fue más que una real y verdadera enfermedad infectivocontagiosa; la, llamada peste blanca, la tuberculosis.

Como afirma el brillante cronista catalán, Adolfo Marsillach, Margarita contrajo la enfermedad que le llevó, primero a su fracaso biológico y luego al sepulcro, no por haber amado a su Armando Duval, sino, porque pasara las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, bebiendo champagne, en pleno libertinaje moral y orgánico, y no tomando por precaución, el menor descanso, sin conocer el reposo ni tomar siquiera algún acreditado reconstituyente. En fin, que Margarita Gautier murió de lo que llamaríamos un accidente del trabajo.

o mejor, dicho, de una enfermedad profesional, común a todas las enamoradas fracasadas. De eso se fue a la tumba, de *surmenaje*, de las imprudencias inherentes al hábito o al dominio del oficio, pero nunca como consecuencia del amor, del verdadero amor a un hombre. "Que cualquier pretuberculosa — dice **Alfonso** Marsillach — lleve la vida que llevó Alfonsa Duplessis, y ya verá lo que le sucede, aunque entre sus amigos no cuente con ningún lindo Armado Duval."

Que nadie quiera ver, en lo que llevamos expuesto, nuestra adhesión a la teoría de Paul Voivenel, ni mucho menos que aceptemos la interpretación de la vida, enfermedad, pasión y muerte de Margarita Gautier, sino todo lo contrario, como ya demostraremos en otra ocasión. Así, pues, nadie puede esperar que de todo lo dicho anteriormente, pueda deducirse una definición clara, simple y categórica del mal de amores. La sintomatología de esta enfermedad es tan varia, tan compleja, tan contradictoria, tan honda, tan sutil, que apenas puede llegarse a una descripción aproximada y mucho menos a una explicación plenamente satisfactoria.

A muchos tal vez parezca abominables estas groseras transmutaciones patológicas del noble sentimiento. Pero en los tiempos que corren, son también muchos los que lo creen así, pues así lo asegura la ciencia. "Lo que es sublime en sí mismo — ha escrito el conde de Keyserling — puede ser entendido siempre de un modo bajo."

Ahora bien, para los que creen en la teoría que acabamos de ex-

poner, y la aceptan sin reservas, si quieren demostrarla completamente y formularla de un modo definitivo y categórico, tienen que emprender otras investigaciones **complementarlas**, que indudablemente habrán de ser de mayor importancia desde el punto de vista positivo, acere de la correspondiente farmacopea y de la profilaxis de tal enfermedad.

En nombre de la ciencia y para bien de la humanidad, debe obligarse, bajo severos castigos, a que los solterones empedernidos, revelen el secreto de su existencia, que tan plácidamente discurre sin borrascas de celos ni torbellinos de pasión.

Seguramente, mis amables lectores, que alguna vez pasó por vuestro lado **la** mujer de vuestro destino. ¿Cómo no causó alteración alguna visible en vuestra sensibilidad, ni en vuestra existencia? ¿Qué depurativo eliminó de vuestros organismos el veneno fatal de la intoxicación sentimental? ¿Cuál fue el riguroso régimen de vuestro equilibrio psicofísico para evitar apasiona-

damente enojosos? ¿Cuál la vacuna preventiva que os **inmuniizó** contra los peligros de imprudente sentimiento? ¿Cuál es la higiene mental en que vivís, que os preserva del inefable delirio? ¿Cuáles son los remedios secretos de que disponéis, para luchar contra esta enfermedad irremediable? Y si es verdad, que en toda psiquis existen en latencia los gérmenes de las enfermedades de amor, que sólo esperan la ocasión propicia para tornarse virulentos y que siempre se da alguna vez en la vida, ¿cómo lograsteis evitarlo?

Una encuesta sobre estos puntos, es condición previa absolutamente indispensable para el estudio científico perfecto de la enfermedad. Si a la encuesta acudieran principalmente los médicos solteros, ello reportaría grandes beneficios a la humanidad que sufre y padece esta enfermedad, y sobre todo a los miserables que estamos recluidos en estos lazaretos. Además, la investigación científica sobre estos puntos, se orientaría por derroteros más seguros y fe-